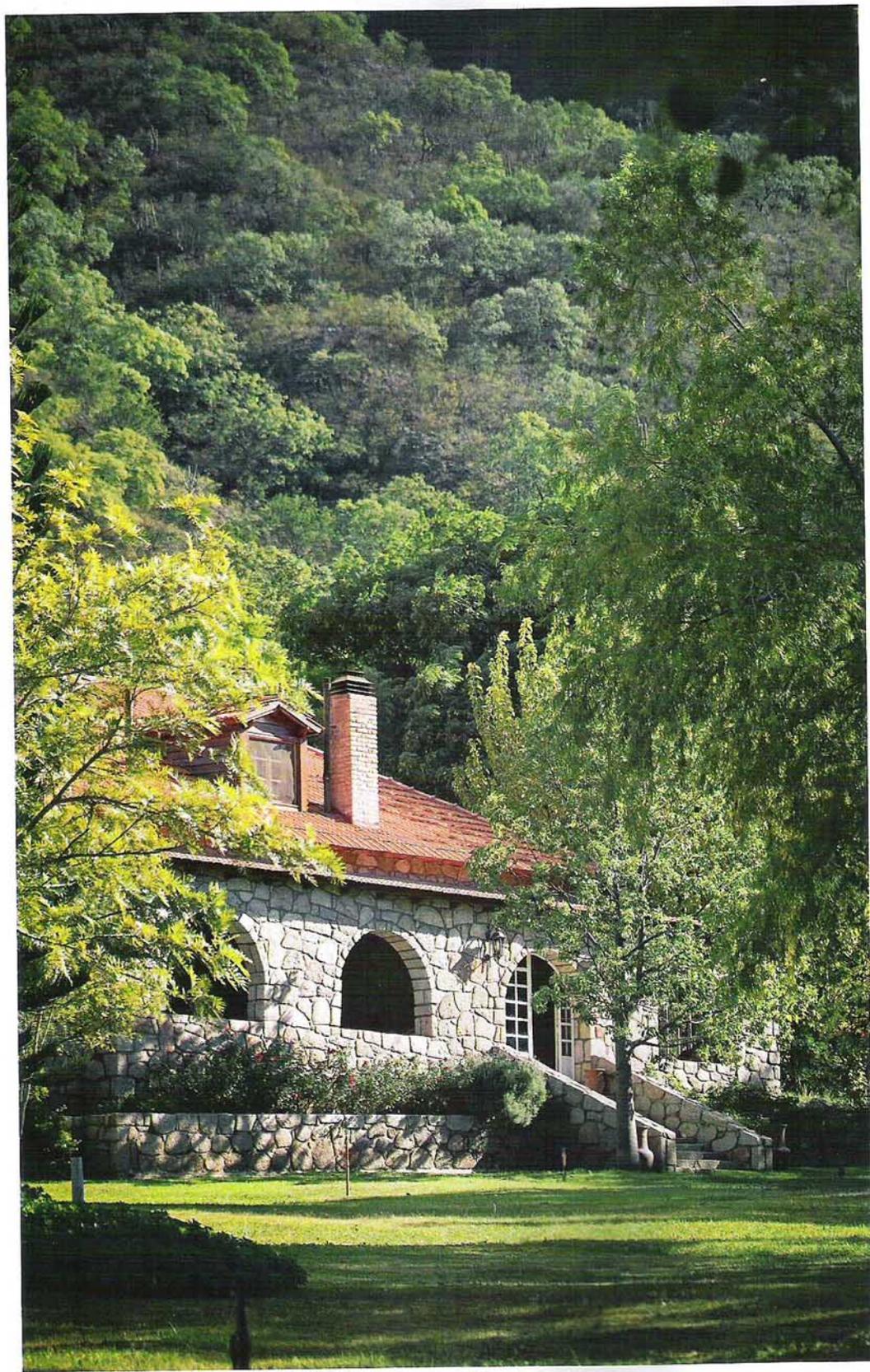
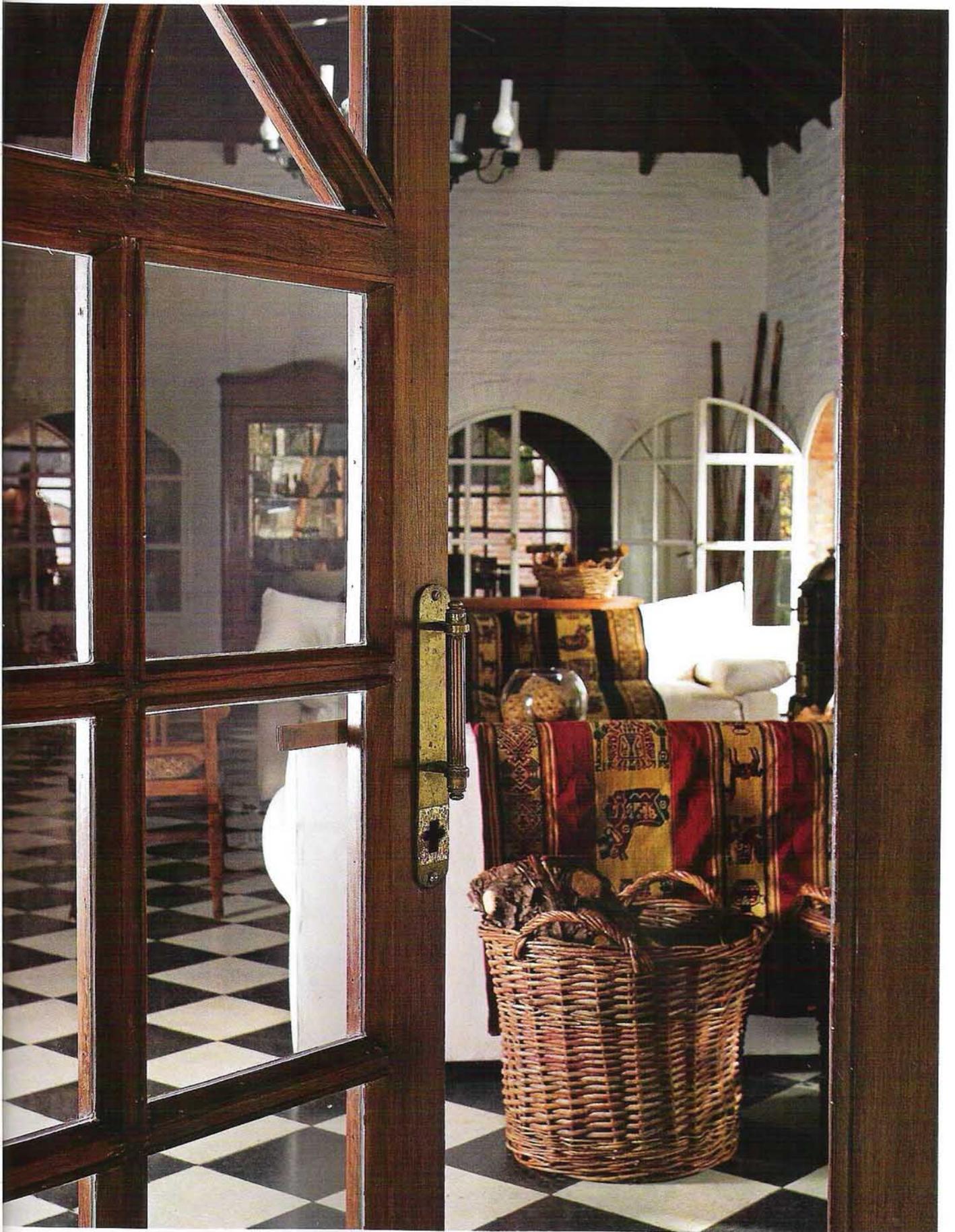


La Aguada

Un hotel de montaña a 16 km de la capital de Catamarca



◉ Él es histriónico y apasionado. Ella, hacendosa y dueña de un entusiasmo que contagia. Hugo Espíndola e Inés Galíndez se conocieron en 1996, cuando ella se inscribió en el coro que él dirigía en Buenos Aires. Seis años después, decidieron casarse y regalarse otro estilo de vida. El clic le tocó a Inés. Estaba haciendo compras en el súper de su barrio, cuando vio que los clientes trataban con impaciencia a un anciano: “Qué feo envejecer en esta ciudad”, pensó. Lo habló con su marido y empezaron a fantasear con mudarse a un lugar donde cada día, al despertar, pudieran decir “¡Qué lindo donde vivimos!”. Inés recordó las hermosas tierras de su abuelo Francisco, que pasó toda su vida en el valle de Catamarca. Y ahí fueron. Cuentan su historia mientras una blanquísima luna llena asoma por el gran ventanal de la cocina. No es raro que los huéspedes terminen allí, acodados en la mesa de pinotea y hundiendo la cuchara en la deliciosa mousse de guayaba de Inés. *La Aguada* se inauguró en junio de 2008. Se presenta como un hotel de montaña, pero es muchas otras cosas. Es un rincón hospitalario perdido –y escondido– 16 km al sur de San Fernando del Valle de Catamarca, en el mismo lugar que hace más de mil años eligió la cultura Aguada –de las más fuertes del norte argentino– para establecerse. Es una casona de madera y piedra, que una vez funcionó como casco de una finca de olivos. Es un ambiente donde puede reinar la música –Hugo es un avezado pianista



y guitarrista, e Inés una gran vocalista— o imponerse un silencio sanador. El gusto sencillo y cálido de la anfitriona, que colecciona sobre un estante pilas de revistas de decoración, está presente acá y allá. Pero lo que define a *La Aguada* es el amor puesto en cada detalle: en la galería con piso de mosaico damero —para almorzar o cenar—, en el living con hogar a leña, barra y sillones mullidos, en la galería abierta, con hamaca paraguaya y asientos de mimbre, y en la cocina, sin duda, el alma de la casa. En las habitaciones, el confort es absoluto. Son cinco y se distribuyen en dos plantas. Las de abajo son de estilo colonial nortño, con paredes de piedra y piso damero.

Las del piso superior tienen paredes y techos de madera a cuatro aguas. Las camas son de proporciones generosas, los baños están bien equipados y las duchas salen abundantes y calientes. Los grandes ventanales hacen que el verde del exterior se integre como un ambiente más.

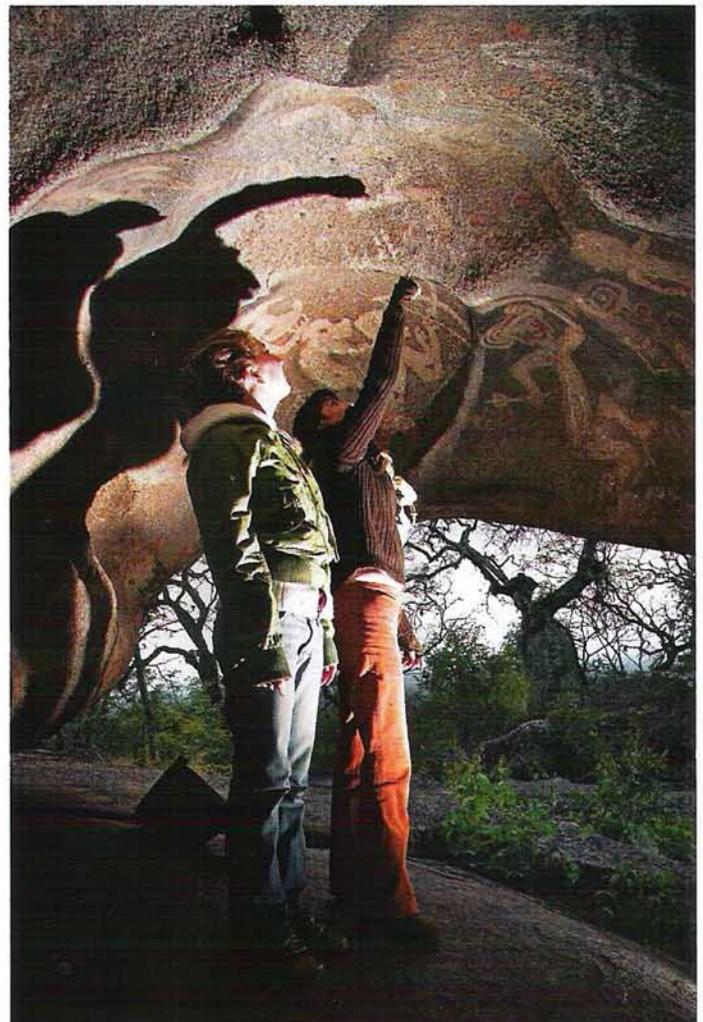
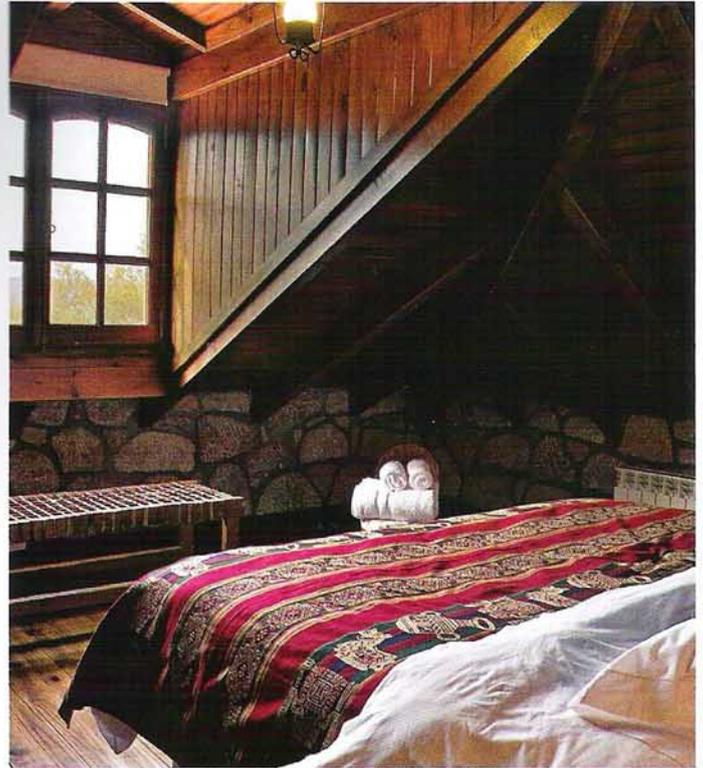
Tour mágico y misterioso

Las mañanas en *La Aguada* arrancan temprano con un desayuno de campo. En las paneras hay palmeritas y panes caseros. El más delicioso es uno elaborado con arropo de chañar, un jarabe típico de la zona. Hay dulces regionales, dulce de leche, manteca y queso crema. Del amplio menú de

excursiones, hay una especialmente prometedora. Se trata de la visita a las pinturas rupestres de La Tunita, que los dueños de casa proponen hacer en compañía del arqueólogo Néstor Kriscautzky. Se llega por la Cuesta del Portezuelo, un camino serpenteante que escala por la ladera de la Sierra de Ancasti. Borneado de algarrobos, cardones y tipas; hay pueblitos a un lado y otro, precipicios profundos y un collage infinito de verdes. Tras recorrer 90 km, se arriba a la entrada de La Tunita. Aquí es menester dejar la camioneta y seguir a pie. El tramo se hace fácil y rápido. Eso sí: mejor no llevar prendas de lana o polar para

evitar los abrojos. Después de 20 minutos, el arqueólogo —egresado de la Universidad de La Plata y doctor en Ciencias Naturales— explica que estas pinturas datan del 450 al 950 d. C. y que, por sus características, son únicas en el continente. Se cree que los caciques y chamanes de la cultura Aguada se reunían aquí, consumían la chaucha del cebil —de gran poder alucinógeno— y plasmaban en la roca las imágenes que veían. Como pintura, usaban los pigmentos del mismo cebil. El resultado: una colección muy nítida y colorida de jaguares, serpientes, cóndores y otras figuras de su imaginario simbólico-religioso. El lugar tiene una vista estratégica de gran parte de





la sierra. No hay foto que capte esta magia, pero todos concuerdan en la sensación de renovación y plena energía que se experimenta. Cerca de las tres de la tarde, un almuerzo en el restaurante *El Paso del Indio* del pueblo de Ancasti, con tamales y loco, será la parada perfecta antes de seguir viaje para ver las pinturas rupestres de La Candelaria, un pueblo a pocos kilómetros. También esta cueva fue un lugar sagrado y ceremonial de la Aguada. Hay figuras humanas con arco y flecha, felinos, serpientes y aves que datan de desde el 700 hasta el 1300 de nuestra era. Anochece y es hora de emprender la vuelta. Una vez en *La Aguada*, mientras un peón enciende el horno

de barro, algunos huéspedes chequean sus casillas de correo y otros se entregan al calor del hogar. Inés ofrece empanadas caseras con vino, y después sí, es hora de disfrutar de un delicioso chivito con papas. La noche cierra con guitarra y canto junto al hogar a leña.

i Ruta 38 Km 566, a 16 km al sur de S. F. del Valle de Catamarca
 T: (03833) 15-36-5722 y (011) 5368-0180.
 info@la-aguada.com
 www.la-aguada.com
\$390 la doble con desayuno. Excepto en temporada alta (enero, febrero y vacaciones de julio), por estadías de tres noches o más, hay 20% de descuento. **\$58** cada comida. Salida a las pinturas de La Tunita, **\$250**.